

PEZ AL AGUA

De: Pablo Angarita Sabi

Obra en un acto

Penumbra. Antonio está solo.

Antonio.- (Entra Aleja. Dominante) ¡Vístete como la gente! ¿Crees que esa es forma de vestirse para lavar platos y hacer de comer? ¡No me digas que el frío!

Aleja.- Pero si está lloviendo. Y este cuarto es una nevera. Y, para colmo de males, el plástico que cubre las esterillas no sirve.

Antonio.- No, si a ti, todo lo que sea gastar...Eso si te parece bien. Mujeres.... Creen que todo es pedir...Abrir la boca..

Aleja.- Si lo gasta en unos ladrillos, malo, pero si lo gasta cada, ocho días, en cerveza está bien gastado. ¿A qué hora tiene la cita?

Antonio.- ¡Cállate, pendeja! Dónde has visto que con lo de dos o tres cervezas se levante, al menos, una pared de ladrillo. Pero sí sabes cómo oyen las paredes. Lloro un mocoso, tose una vieja, pedorrea alguien, y escuchas los ruidos y hueles la mierda.

Aleja.- Entonces, ¿le parece bien que sigamos escondidos en ese cuarto y esto, aquí, vacío?

Antonio.- ¡Muertos de hambre!, creen que figoneando y rajando hacen mucho. Como si con eso las cosas dejaran de ser lo que son. No creas todo lo que oyes. Esos nunca hacen ni dejan hacer.(Contiene la respiración) ¿Qué hora es?

Aleja.- No sé donde puso el despertador. Creo que lo metió debajo de la cama. Dijo que le taladraba las sienas.¿Tiene que ir en ayunas o (Preocupada)

quiere que le prepare café?

Antonio.- ¿Todavía no sabes qué es lo que tienes que hacer? ¿Qué te pasa hoy?
¿Qué te pasa? No. No tengo que ir en ayunas. Mañana me harán los exámenes, pero hoy todavía puedo tomarme un café. Un café, ¿comprendes?
¿Qué estás mirando?

Aleja.- Nada.

Antonio.- ¿Entonces...Por qué esa cara de no saber dónde estás parada? No puedo decirte a toda hora lo que tienes que hacer. Lo que aquí, hoy, se hace es lo mismo de ayer, lo mismo de antier, de hace una semana, de hace un mes. ¿Qué pasa por esa cabeza? (Sale)

Aleja.- Es que he pasado muy mala noche. Aún estoy dormida.

Antonio.- (Le muestra el despertador) Pues ya son las ocho. No son horas para que aún estés dormida. (Hace sonar el despertador) Te está quedando grande el oficio.

Aleja.- ¿Qué. A qué hora tiene que estar donde el médico?

Antonio.- (Inquieto) ¿Otra vez?

Aleja.- No me lo ha dicho.

Antonio.- (Seco) Más tarde.

Aleja.- Más tarde. ¿A qué hora?

Antonio.- Eso sí. Terca, terca como una mula.

Aleja.- Sí, terca, ¿a qué hora? (Silencio)

Antonio.- (Va a una caja de cartón) Aquí está. (Lee) Dicen los médicos que llevo diez años con esta mierda por dentro. Y sólo te das cuenta cuando las ganas de comer y dormir te abandonan.(Tira los papeles) ¡Vida hijueputa! (Ella enciende un cigarrillo) ¿Pero qué haces inútil? ¿Qué quieres,

acabar conmigo antes de tiempo? (Tose. Le arrebató el cigarrillo) ¿Te olvidas que me quitaron el cigarrillo? (Llora) ¿Qué te pasa? ¿Se puede saber por qué lloras así, sin ton ni son?

Aleja.- Estoy asustada.

Antonio.- ¿Asustada, de qué? (Silencio)

Aleja.- (Fría) De nada. Haré el café. (sale)

Antonio.- No me gusta que llores por nada. Aquí el perdedor soy yo.

Aleja.- (Voz fuera) ¡Ya, ya!, me salió así a lo tonto. Pasé una mala noche, ya lo dije.

Antonio.- No aprenderás. Qué no he hecho por hacer de ti una mujer...Una mujer recia, segura. Y mira lo que he conseguido, una llorona. Te asusta un grito.

Aleja.- (Entra) ¿Quiere hacer sopa con el café? (Parte el pan)

Antonio.- No tengo hambre.

Aleja.- (Preocupada) Pero, ayer tampoco comió.

Antonio.- ¡Qué no tengo hambre! Además la comida de ayer estaba asquerosa. En esta casa sólo como bien, cuando yo soy el cocinero. Aún eres muy niña.

Aleja.- Nunca deja un granito de arroz. (Retira el pocillo) (Enfática) Y no soy muy niña, tengo 16 años y el mes que viene cumplo 17.

Antonio.- (Asustado) Sí, 17. Ya eres casi una mujer. (La coge) Mi mujer. (Silencio)
¿No habrás tirado la comida?

Aleja.- Me la comí.

Antonio.- (Incredulo) ¿Toda?

Aleja.- Por no tirarla.

Antonio.- Por no tirarla. Lo que me faltaba por oír. (Molesto) ¿Cuántas veces hemos tirado la comida en esta casa?

Aleja.- Bueno, me la comí porque tenía hambre.

Antonio.- Tú no sabes lo que es tener hambre. (Le quita el pan) Déjalo para comerlo en la noche.

Aleja.- (Le quita el pan) Me lo comeré. Luego compraré más. Quiero comer pan. Tengo hambre.

Antonio.- (Burlón) Comprar, comprar. ¡Claro como a ti no te cuesta ganarlo!

Aleja.- A usted tampoco.

Antonio.- Ni se te ocurra decir eso. ¿Me oyes? ¿Qué mierda se te subió a la cabeza?

Aleja.- Si es que tengo hambre.

Antonio.- No me cuesta ganarlo. Lo dictamina una máquina: un hombre que no puede comer ni dormir no puede trabajar Palabra de médico. ¿Y sabes por qué no puedo comer ni dormir? Porque me la he pasado trabajando que trabaje. En un oficio, en otro, bajo los alaridos de unos y los gritos de otros. Porque, yo, sí, he pasado hambre y necesidades. Porque todo se puede soportar, menos la barriga vacía. Y tú no sufres por eso. No sé lo que es desobedecer una orden. Mi frente se inclina para no ver quién da la orden. Y nunca pienso si tiene que ver con lo que creo, con lo que siento. Todos los días, de pie, a las 4, a las 5, para estallar en una puta fábrica. Experiencia. Esto sí es experiencia. Así, desde las 7 de la mañana hasta las 8 de la noche. Con una hora para comer. Una hora. Y en la noche contra todo pronóstico, me cruzaba esta ciudad de arriba a bajo, tan de prisa, que ni con el plato en la mesa me podía detener. Sumando días, meses

y años, con la barriga llena y la lengua afuera..No creo que recuerdes...Me desplomaba en la cama. Hacía una prueba, ¿sabes? Le decía...Cuéntame hasta tres. Y ella me contaba...Uno... Dos...Y...(Ríe) Estaba muñeco antes del tercer campanazo. ¿No me cuesta ganarlo? Ahora, es cuando más cuesta. Yo, también, soy una máquina. Pero, una máquina desechable.

Aleja.- Si, por lo menos, se tomara las pastillas.

Antonio.- Los médicos. ¡Qué sabrán esos! (Busca algo) ¿Dónde está la libreta?

Aleja.- Estará ahí, con los papeles.

Antonio.- Aquí no está.

Aleja.- Mire bien tiene que estar ahí, con las demás cosas.

Antonio.- Te digo que no está.

Aleja.- (Mira su bolso) Aquí está. Creí que la había vuelto a dejar con sus cosas.

Antonio.- ¿Y por qué cogiste la libreta?

Aleja.- Para ir al médico.

Antonio.- ¿Te duele algo?

Aleja.- No sé...

Antonio.- Pero, ¿qué te dijo el médico?

Aleja.- Nada me hizo un análisis.(Silencio)

Antonio.- ¿Y desde cuándo vas al médico sola?

Aleja.- Hace mucho tiempo que hago muchas cosas sola.

Antonio.- Ir al médico no es comprar un pan en la tienda. En esta ciudad no faltan los malparidos que se crean con razones para robar y matar.

Aleja.- Es que...Es que...

Antonio.- ¿Es qué? ¿Qué? Siempre te he acompañado al médico, ¿o no? Vamos a ver, no te he acompañado al médico siempre que te has puesto mala.

¿Quién a cuidado de ti siempre? Explícamelo.

Aleja.- No quiero discutir. (Sale con las tazas)

Antonio.- Que sea la última vez que vas al médico sin mí, ¿me oyes? ¿Qué si me oyes?

Aleja.- (Entra) Sí.

Antonio.- A lo mejor te estás preparando para cuando yo muera. ¿Es eso? ¿Tú crees que no volveré del hospital, ¿verdad?

Aleja.- No diga eso.

Antonio.- Lo crees aunque lo niegues. No te sientas mal, por eso, yo también lo creo. Todo termina aquí. ¿Qué harás cuando yo falte? ¿Abrirás las puertas y la ventana, de par en par, para que circulen las voces y las miradas de nuestros enemigos? ¿Harás fiesta celebrando tu ingreso al vecindario? O, sobre mis huesos, ¿recibirás un nuevo maridito? Me alegra que seas mala cocinera, para que nadie quiera nada contigo.

Aleja.- Si nadie quiere nada conmigo, viviré sola. Trabajaré.

Antonio.- ¿Trabajar? ¿Cómo? ¿En dónde? Si no sabes leer ni escribir.

Aleja.- Usted tiene la culpa. Voy a prepararle las cosas, se va a hacer tarde.

Antonio.- Nunca has tenido cabeza para estudiar.

Aleja.- Meteré una camisa y un pantalón. (Sale)

Antonio.- Con 7 años, y no sabías que una m con a es ma.

Aleja.- (Voz fuera) Me sacó de la escuela porque le dió rabia. Lo primero que que escribí fue: papá. (le tira una cartilla escolar)

Antonio.- (Lee) Lo hice por ti. Cómo permitir que te miraran con lástima y burla. No era justo. Nada de lo que pasaba era justo.

Aleja.- (Entra con la tula) Por mí..No me haga reír. Lo hizo por usted, porque

necesitaba quién le sirviera en silencio y sin chistar. ¿No es eso? ¿No me ha convertido en eso? (Silencio) Cuando ella huyó...

Antonio.- No, no hables de esa traicionera, en mi casa. Me hizo creer que su amor era eterno. Que mi esfuerzo no sería en vano. Y cuando más la necesitábamos desapareció, llevándose lo que había, hasta la puta cama que, con mis propias manos, había hecho. Maldita. Y yo no iba a permitir que, tú, aprendieras lo malo de ella. Y olvidaras a tu familia. (Se golpea el pecho) Olvidándome a mí.

Aleja.- ¡Cómo olvidarlo!

Antonio.- Me he roto el culo para darte una vida sin sobresaltos. Para asegurarte comida y casa.

Aleja.- ¿Casa?... Una pocilga.

Antonio.- ¿Pocilga? Todo esto para ti sola, sola. ¿Pocilga esto? ¡Repítelo!

Aleja.- Y cómo quiere que le llame a esas cuatro paredes de ladrillo, a estas de esterilla, donde el frío penetra hasta los huesos.

Antonio.- Eres igual que la otra, lo llevas en la sangre.

Aleja.- Yo no soy ella. Y nunca seré como ella.

Antonio.- Estoy seguro que, en tu escuela, más de uno, hubiera dado muchas cosas, tuyas, por esta pocilga.

Aleja.- ¿Muchas cosas? Como, ¿cuáles? Dígalas.

Antonio.- Lo único que he pretendido es hacer de ti una buena mujer. Te enseñé, hasta, lo que en ella vi de bueno.

Aleja.- ¿Cómo ponerme en cuatro, como lo hacía ella, Antonio? O, ¿prefiere que le llame papá? (Silencio) Y, eso sí, no le preocupaba. No le preocupaba que lo hiciera como ella. Siempre como ella. Y ahí sí, no le preo-

cupaba lo que pudieran pensar los vecinos. Y murmuraran, con los días, el porqué de mi encierro. Yo he sido el colchón de sus penas. Lloraba como un niño y la llamaba. Decía mi nombre, pero hablaba de ella. Me abrazaba y me besaba. Jugaba conmigo entre las sábanas. Era pequeña y no me daba cuenta de nada. Sé que me sentía bien. Me gustaba mucho. Comencé a desear esos encuentros. Empecé a quererlo. Me enamoré, Antonio del primer hombre que conocí. Pero, la niña fue creciendo, y empezó a preguntarse, ¿dónde está mi héroe, el héroe de mis sueños, de mis fantasías? (Silencio) Mi madre se fue porque quería una vida mejor.

Antonio.- ¿Una qué? Era más pobre que una rata. Su familia llegó a esta ciudad huyendo de la guerra. Ella contaba, que les tocó salir con la barriga pegada al espinazo, bajo una lluvia de plomo, Entonces, qué creyó. Que no era sino llegar, aquí, y el mal sueño se convertiría, en una casa de dos pisos con ventanales y balconcito. Aquí hay más guerras que allá. Por suerte, está muerta.

Aleja.- No está muerta.

Antonio.- Tu madre murió. Y yo te tenía sólo a ti.

Aleja.- ¿Para qué? ¿Para enterrarme en un hueco, para llenarme de miedos, para privarme de todo? A mí, que lo único que hice fue demostrarle que ella no supo quererlo. Lo que, solamente, le importaba es que nadie supiera que compartíamos la misma cama como algo más que padre e hija.

Antonio.- Sin mi te esperaban dos caminos: mendiga o puta. (Silencio) No recuerdo una noche, que no haya estado a tu lado, y un domingo sin mi compañía.

Aleja.- Sé que cuando salga por esa puerta ya no volveré a verlo.

Antonio.- Me estoy muriendo.

Aleja.- En el hospital tienen cosas para darle.

Antonio.- He trabajado como un hombre de bien. Y termino mis días como todos los días. ¡Qué vida la mía! Dejé mi salud en aquella infeliz fábrica, y a lo que, sí, tengo derecho es a morir con las visceras al aire en un corredor miserable.

Aleja.- (Tristeza e ira contenida) Nuestra felicidad siempre estuvo detrás de esa puerta. (Señala la puerta de la calle)

Antonio.- Yo no quiero ese final.

Aleja.- Usted, sabe que debe ir.

Antonio.- Sí, debo ir.

Aleja.- Es lo que más nos conviene. (Escribe palabras sobre el piso, con una tiza)

Antonio.- (Lee) .Alejandra, Antonio, Antonio, Alejandra, hija, hijo, madre, padre.....

Aleja.- A solas, .comencé a repasar mis primeras cartillas y escribía todo lo que en ellas veía. Ahora se escribir muy bien mi nombre y el de mi hijo...

Antonio.- ¡¿Qué?!

Aleja.- ...si es niña se llamará Alejandra, como mi madre y como yo, y si es niño, Antonio como su padre. Le enseñaré a leer y a escribir.

Antonio.- Pe...

Aleja.- Pero, sobre todo, escucharé su voz y no tendré miedo a sus deseos. Le contaré que su padre era un buen hombre. Que trabajó duro toda su vida porque no supo hacer otra cosa, pero que era un buen hombre. Y que, si hubiera podido, habría dado la vida por él. Cuando crezca, un poco, rayaremos estas paredes con letras grandes, muy grandes y saldremos a la calle y escribiremos hasta que nuestras manos no obedezcan. No vol-

veremos a esta casa ni a este vecindario.

Antonio.- ¿Cómo?

Aleja.- Nos iremos a buscar la vida que tú te mereciste y nunca pudiste alcanzar.

Antonio.- ¿Qué irá a hacer de mi hijo? Tienes que casarte conmigo. (Suenan el tic tac del reloj. No llueve)

Aleja.- Antonio, se hace tarde.

Antonio.- Sí, tarde. Ya es tarde. Adiós. (Sale)

OSCURO FINAL

PEZ AL AGUA

Antonio, padre y esposo. Alejandra, madre y esposa de Antonio.

La historia de una pareja singular.

Y es que la relación entre padre e hija, más allá de la norma establecida, es un problema mayúsculo, no por el acto en sí, por los vetos y restricciones que la sociedad impone a una unión de este tipo.

Así, cómo crear un todo armónico estando sujeto a una realidad que es contraria a estas inclinaciones o preferencias.

Entonces, cómo no temer, cómo no esconderse, cómo no silenciar acciones y expresiones, cómo no querer decir adiós a todo para empezar de cero.

Pero, la historia es una sola para ambos, y las contradicciones son múltiples.

En estas circunstancias es mejor que el ritmo de sus vidas decidan su devenir.